

por el sólo poder del razonamiento, traspórtese el espíritu á sus trabajos anteriores, compárese la série de conceptos obtenidos por la deducción con la série de conceptos dados por la intuición, y hallará en la parte analítica las miras que guiarán su marcha, los hechos que le advertirán si ha tomado las apariencias por realidades. Pero para evitar un mal, no caigamos á nuestra vez en el exceso contrario y guardémonos de los defectos del positivismo. El mismo análisis es insuficiente; la observacion tiene límites insuperables, como lo demuestra de una manera palpable el ejemplo de las matemáticas, que escapan á su dominio; la ciencia no se ha adquirido hace tanto tiempo para que se ignore la razon de las cosas, y la última razon que debe dar la explicacion definitiva del mundo, es el principio mismo de la ciencia, es Dios. La síntesis no es ménos indispensable que el análisis. Esta enseña, aquella demuestra. Sigamos el método de Descartes que tiene al ménos trazadas las dos partes de la ciencia, que no ha olvidado ni el punto de partida ni el principio, y que ha determinado por esto el gran movimiento intelectual de los tiempos modernos.

II.

DIVISION DE LA CIENCIA SEGUN LOS OBJETOS DEL PENSAMIENTO.

Segun los objetos del pensamiento, la ciencia se divide en tantas ramas como órdenes principales de seres ó de sustancias. La division de la ciencia, en efecto, debe corresponder á la division de la realidad y adaptarse exactamente á ella so pena de error. No sabemos aun de una manera cierta cuáles son los diversos órdenes de seres, puesto que no poseemos la ciencia, pero podemos indicar, salvo exámen, los que se presentan á nuestra conciencia y á toda conciencia ilustrada.

Conocemos los *cuerpos*, unidos á la concepcion de un mundo físico llamado naturaleza; conocemos los *espíritus* ó las almas que colocamos juntamente al mundo espiritual; conocemos además los seres formados por la union de un espíritu y de un cuerpo, y entre ellos los seres racionales ó los *hombres*, de que componemos el concepto de humanidad; en fin, superior á los tres géneros, superior al mundo físico, al mundo espiritual y á la humanidad, cuyo conjunto constituye el Universo ó el Cosmos, conocemos el Sér infinito y ab-

soluto que se llama *Dios*. Todos los objetos del pensamiento pertenecen á una ú otra de estas categorías, ya á título de sustancias, ya á título de formas ó de manifestaciones de la sustancia. Determinemos analíticamente la nocion de cada uno de estos objetos del pensamiento, comenzando por aquel que nos interesa más directamente.

I.—La humanidad.

Entendemos por HUMANIDAD todo el conjunto de seres racionales, formados por la union del espíritu y cuerpo, en cualquier tiempo y en cualquier lugar que existan, y cualquiera que sea la forma material que revistan. Todos los seres racionales que han vivido, que viven y que vivirán sobre la tierra son miembros de la humanidad, como espíritus, como cuerpos y como hombres. Pero no queremos descartar la hipótesis de que existen en otra parte, en los mundos celestes, seres racionales llegados á otro grado de cultura, y dotados de un cuerpo formado sobre otro tipo. La forma, las dimensiones y la composicion del cuerpo son determinadas sin duda por el globo que se ocupa: hay correlacion entre el estado del planeta y la organizacion de los seres que sostiene. Si las mansiones de la humanidad son múltiples, seria un préjuicio el creer que la constitucion corporal de los hombres sea siempre una y la misma. Solamente es necesario que el cuerpo esté en relacion con el espíritu, es decir, que lo físico y lo moral se convengan, puesto que están destinados á unirse y á completarse el uno al otro: una forma animal estaria siempre en contradiccion con un espíritu dotado de razon. En consecuencia, llamamos miembros de la humanidad á todos los espíritus humanos unidos á cuerpos humanos, cualquiera que sean los rasgos de su organizacion. Puede suceder, es además probable, que existan *hombres* más perfectos que los que habitan la tierra; pero no conocemos seres más perfectos que los hombres en los límites de la creacion. Cuando uno quiere representarse el ideal de un sér racional se le supone una inteligencia más penetrante, sentimientos más puros, voluntad más recta, y siempre un cuerpo más sensible y más delicado que todo lo que observamos á nuestro alrededor, pero realmente no salimos de las condiciones de la humanidad. Las criaturas *angélicas* son el ideal de los seres racionales.

La humanidad bien comprendida entraña como consecuencia

una larga série de *deberes*, entre los que distinguimos: el respeto á las *personas*, sin distincion de raza, país, culto, sexo, edad, condicion, de amigo ó enemigo, de bueno ó de malo: el carácter puede ser malo, la voluntad puede ser perversa, los actos pueden ser culpables, pero el hombre es hombre, por más que haga, y debe ser tratado como tal, es decir, como un sér racional;—el respeto á la *familia*, no solamente como institucion política ó religiosa, sino como institucion humana, como hogar íntimo donde se ejercitan las fuerzas físicas y morales del niño, donde se dilatan todas las afecciones del corazon, donde se cultivan en la ardiente atmósfera del amor todas las disposiciones que forman la vida del ciudadano y la gloria de la patria;—el respeto á la *sociedad*, como centro donde se realizan cada vez mejor, por el libre concurso de todos, merced al mejoramiento de los individuos y al perfeccionamiento de las familias, todos los objetos que constituyen el destino del hombre, la ciencia, el arte, la religion, el derecho, la moral, la industria, el comercio y la agricultura;—en fin, el respeto á las *nacionalidades* como partes integrantes de la humanidad sobre la tierra, teniendo derecho á la existencia, lo mismo que la persona y la familia, porque tienen un géneo propio y una mision especial que llenar en provecho de todos. En la manera de cumplir estos deberes, se juzga si el concepto de humanidad es más ó ménos completo en las diversas épocas de la historia.

Veamos ahora cómo este concepto se forma y se desarrolla en nuestro espíritu.

La primera forma, bajo la cual la humanidad se revela á nuestra alma, es la forma de la *familia*. La familia es la cuna de la humanidad; y el hombre al principio no descubre más que algunas personas que componen la familia. Pero á medida que el horizonte del espíritu se extiende, se vé que las familias entran en una asociacion más vasta, el *municipio*; que los municipios se reunen en el canton ó en la *tribu*; que las tribus se agrupan las unas al rededor de las otras en nacion para constituir un *pueblo*; que los pueblos unidos ó confederados forman parte de la *humanidad terrestre*, y que la humanidad de nuestro globo, en fin, es una rama de la *humanidad universal*, que abraza una infinidad de seres racionales, ocupando todos los globos habitables del espacio. Cada uno de estos grados en el desenvolvimiento del concepto de humanidad, corresponde en la historia á una época particular de la *civilizacion*. Si es

así, el concepto de humanidad que preside la vida de los pueblos y que se manifiesta en sus leyes, en sus costumbres, en toda su vida, puede servir de medida al progreso ó puede considerarse como el *termómetro* de la civilizacion. Una nacion está tanto más adelantada, cuanto más se acerque al ideal ó á la perfeccion el concepto que posee de la humanidad.

En el grado más bajo de la escala social, hallamos los *salvajes*, que se detienen en el concepto de tribu. En el interior de la tribu reinan algunos visos de una vida moral y social; al exterior todo sentimiento humano está apagado. Los *bárbaros* no van mucho más léjos, salvo que forman pueblos. Pero se diferencian radicalmente de los salvajes, en que llevan consigo el gérmen del progreso, mientras que los salvajes parecen incapaces de cultura por sí mismos y representan las razas que mueren más bien que las que se elevan á la civilizacion.

A los bárbaros suceden los pueblos civilizados de la *antigüedad*. Aquí la humanidad se confunde con la nacion. Cada nacion es *auctothona*; cada nacion tiene su dios y su derecho, pero niega todo derecho á las otras naciones. Esta concepcion se descubre por todas las formas de la desigualdad. En *Oriente*, el régimen brutal de castas, establece una diferencia indeleble y sagrada entre los miembros de la humanidad. Entre las castas, las unas son puras, las otras impuras; ninguna mezcla es posible entre ellas. En *Grecia* y en *Roma* las castas desaparecen, pero la desigualdad se mantiene en el régimen de los esclavos, de los bárbaros, de los extranjeros, de las mujeres y de los niños. El sentimiento nacional reprime todos los demás sentimientos humanos. El hombre no tiene más valor que como ciudadano. La familia es una institucion puramente política, destinada á dar ciudadanos al Estado. La exposicion, la venta y la muerte de los niños están por mucho tiempo autorizadas. La mujer es semejante á un niño en tutela. Todo está sacrificado al Estado. Los pueblos de raza extranjera son bárbaros, nacidos para la servidumbre: el derecho internacional no existe. Los extranjeros mismos, los habitantes de una ciudad vecina, carecen de derechos civiles. Un mismo nombre designa al extranjero y al enemigo; un texto de la ley de las Doce Tablas, resume la legislacion en lo que les concierne: *adversus hostem aeterna auctoritas*. Pero el último oprobio de la antigüedad, es la institucion de la esclavitud. El esclavo no es una persona, un sér humano, capaz de derecho, sino una cosa, una mer-

cancia. La vida de los esclavos es el cuadro de los suplicios que se sufren en los infiernos. Los filósofos de la antigüedad se ocupan poco sobre este estado de violencia y de opresion en sus teorías sociales. Aristóteles cree que entre el señor y el esclavo existe la misma diferencia que entre el espíritu y el cuerpo. Los estóicos con sus tendencias cosmopolitas protestan, pero no conocen ningun remedio al mal.

El *cristianismo* es la primera doctrina filosófica y religiosa que habia concebido la humanidad terrestre como sola una familia, abrazando á todos los séres racionales sin distincion de extranjeros y de ciudadanos, de señores y de esclavos, de ricos y de pobres. Es la primera vez que el hombre adquiere un valor como hombre, prescindiendo de las leyes y de las conveniencias sociales; y que Dios, dejando de ser una divinidad nacional, es reconocido en la conciencia como el Padre comun de todas las criaturas racionales. Todos los hombres tienen un mismo origen en la tierra y un mismo fin en el cielo.

La unidad se hace en el espíritu. La sociedad se trasforma por la difusion de los sentimientos de caridad, igualdad y fraternidad.

El progreso es real. Desgraciadamente existe una mancha en este cuadro. Los escritos de los Apóstoles y de los Padres de la Iglesia contienen el gérmen de una nueva escision que restringe el principio de unidad y embaraza el desenvolvimiento del cristianismo como religion católica ó universal. «Todos aquellos que *crean en Jesús* formen un sólo pueblo.» Es menester, pues, la *fé* para ser miembro de esta familia de hermanos. ¡Y la fé no se manda! ¡Y cuántos pueblos no han conocido ni conocen aun á Jesús! ¡Y cómo un sistema revelado podria imponerse al espíritu de todos, si sólo está sostenido por la fé, cuando existen otras revelaciones que descansan igualmente sobre ella! No, existe un medio de reunir á todos los séres racionales bajo una misma bandera, consiste en hablarles el lenguaje de la razon. La fé debe, pues, ponerse de acuerdo con la razon, para que la unidad se forme en las creencias. Como quiera que sea, la historia nos hace asistir, desde que los dogmas se forman, á una nueva division en la humanidad, que no imputamos á Jesús, sino á los concilios. El mundo se divide de nuevo en dos campos, no en señores y en esclavos, sino en fieles y en herejes, en creyentes y en paganos. Aquí el imperio de Cristo, allí el imperio de Satan; para los unos el cielo, para los otros el infierno. De ahí tan

graves desvíos en los sentimientos de igualdad, fraternidad y caridad.

La *fraternidad*, apropiándose exclusivamente á los fieles, se desenvuelve á expensas de la familia y de la patria. La antigüedad habia absorbido al hombre en el ciudadano; el cristianismo absorbe al ciudadano en el creyente. El cristiano no conoce más que una familia, la Trinidad, y una patria, el cielo. La *caridad*, concentrada en el estrecho recinto de la Iglesia, resuscita los bárbaros, los extranjeros, los enemigos. Se hace intolerante y se manifiesta por la persecucion. La Iglesia persigue por amor, dicen los Padres, para salvar á los incrédulos. La libertad de conciencia es, pues, una impiedad. A las luchas políticas y á las guerras de pillaje de la antigüedad van á suceder ahora las guerras de religion y las violencias de la Inquisicion. La *igualdad* cristiana no es, en fin, más que espiritual. El Cristo no viene á destruir las iniquidades sociales, porque su reino no es de este mundo. La igualdad de sexos no fué admitida sin protesta. Los Padres no ahorran las maldiciones á la mujer. Se la acusa de haber perdido al género humano y de haber por el pecado introducido la muerte en el mundo; se la recuerda al mismo tiempo con desden que ha sido sacada de una costilla del hombre. En el siglo VI, en el Concilio de Macon, los obispos discutan aun la cuestion de saber si la mujer tiene alma. Sin embargo, la igualdad debia prevalecer despues de la parte gloriosa que la mujer habia tomado en la propagacion del cristianismo. La obra de manumision sufrió las mismas vicisitudes. Los apóstoles no inducen á los esclavos á la rebelion, sino que les predicán la resignacion. No fueron los Concilios quienes abolieron la esclavitud, sino los Parla-mentos. Sin embargo, la reforma moral de Cristo prepara y trae la igualdad civil: la trasformacion íntima del hombre entraña inevitablemente como consecuencia la trasformacion de las instituciones.

La concepcion de la humanidad inaugurada por el cristianismo tradicional es, pues, incompleta. La civilizacion de la *Edad media* no es el último término del progreso. Grande era el manumitir al hombre de la tiranía del Estado y entregarle directamente á Dios, pero no convenia sustituir la opresion clerical á la opresion política. La religion debe ser libre y tolerante, so pena de poner trabas al desenvolvimiento moral del hombre. Este espíritu estrecho y exclusivo se manifiesta sobre todo en los que se lisongean en los monasterios de realizar el ideal de la vida evangélica. De ahí todos los

y de la Iglesia no induce

El cristianismo absorbe al ciudadano en el creyente.

excesos del *ascetismo*, la mortificación de la carne, la minoración del matrimonio, el menosprecio de la naturaleza, la ruptura de los vínculos de la familia y de la sociedad.

Queda ahora un doble progreso que cumplir: ante todo borrar la línea de demarcación fundada en las creencias, después elevarse sobre la tierra y comprender á la humanidad en sus relaciones con el universo entero.

Esta transformación comienza en el Renacimiento, por el doble trabajo de la filosofía y de la astronomía.

El *Renacimiento* es la aurora de una nueva época en la historia de la humanidad en que el espíritu, entregado á sí mismo, desembarazado del yugo de las autoridades, vuelve de nuevo á sentimientos más alegres, á tendencias más generosas, á pensamientos más elevados y más vastos, procurando conciliar las tradiciones religiosas con las doctrinas de la antigüedad, descartadas de todo elemento sobrenatural. La ciencia, vivificada por la observación y guiada por la razón, se abalanza con ardor á la conquista de la verdad, cualquiera que sea, en todos los dominios de la realidad y de la vida moral. El arte abandona las sombrías convenciones de la Edad media y dá de nuevo culto á la naturaleza. Toda la vida adquiere un aspecto más simpático, y el movimiento del pensamiento, descendiendo de las regiones superiores, ganando poco á poco las diversas capas de la sociedad, produce un estado social en oposición completa con el antiguo régimen.

Desde esta época, la *humanidad terrestre* es cada vez mejor comprendida en su unidad, superior á las divisiones de cultos, de razas y de pueblos, y respetada en todas sus manifestaciones. Las nacionalidades se constituyen, el derecho internacional comienza. Descartes, introduciendo una doctrina nueva, basada en la razón pura, accesible á todos los seres racionales, consagra esta concepción nueva y libra definitivamente la conciencia. El hombre está en adelante emancipado, puesto que puede por sus solas fuerzas, sin ayuda de ningún poder exterior, reconocer á Dios y adorarle según las prescripciones de su razón.

Anúnciase un brillante porvenir en que todos los hombres, libres, iguales y asociados, sin acepción de cultos, vivirán en paz en la tierra.

Pero la tierra no basta ya á nuestras aspiraciones. La humanidad terrestre responde á nuestro destino terrestre; pero nuestra

mision presente no es todo nuestro destino. El alma es inmortal y debe continuar en el cielo el desenvolvimiento que ha adquirido acá abajo. ¿No existen en otros globos otras humanidades, ó más bien, no existe en el mundo una *humanidad universal*, cuyas ramas están diseminadas en todas las tierras que vagan en el espacio sin límites? Este pensamiento surge en la conciencia desde el Renacimiento, merced á la astronomía, al mismo tiempo que se completa el concepto de la humanidad terrestre.

La doctrina cosmológica de la Biblia, que ha servido de base á la elaboración de los dogmas cristianos, está en perfecta armonía con el sistema astronómico, expuesto por *Ptolomeo*, á mitad del siglo II de la era cristiana. El autor del Génesis, diciendo que la tierra ha sido creada en el día tercero, y el sol con la luna y las estrellas en el cuarto, demuestra bien que considera la tierra como el centro y como la parte esencial del mundo, y que se atiene en consecuencia al movimiento aparente de los astros, circulando en veinticuatro horas de Oriente á Occidente, alrededor de nuestro globo. El libro de Josué confirma esta interpretación. Además, los misterios del cristianismo, desde el pecado original hasta la redención, se cumplen en la tierra. Bajo la influencia de ésta concepción astronómica, es como está desenvuelta, en consecuencia, la teoría teológica del cielo y del infierno. El centro de la tierra es, según Santo Tomás, la mansión de los demonios, y el Empíreo, más allá de los diez cielos concéntricos de *Ptolomeo*, la mansión de los bienaventurados.

El sistema de *Copérnico*, en el siglo XVI, debía modificar estas creencias é introducir la perturbación en los espíritus á causa del destino futuro de la humanidad. La tierra está colocada en su lugar; no es todo el mundo, sino un planeta de mediana importancia, muy inferior á Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno; gravita en el espacio de Occidente á Oriente alrededor del sol, y todo nuestro sistema planetario no es más que un punto imperceptible en la innumerable multitud de soles que llenan las profundidades del cielo. Las bóvedas de *Ptolomeo* están horadadas, los cielos están abiertos por todas partes, no hay ni alto ni bajo en el mundo: ¿en dónde, pues, está el Empíreo? La tierra gira sobre sí misma, el fuego central se explica por la formación del globo: ¿dónde, pues, está el infierno? Y si la tierra tiene tan poco valor, ¿es posible que los astros no tengan otro destino que el de ofrecernos siempre un grande es-